

ARRIAZA Y SUPERVIELA, JUAN BAUTISTA DE (1770-1837)

LIBRO V

LAS FESTIVAS

INDICE:

La función de vacas

El jugador

Soneto

El marido paciente

Epigrama

A una moza que se preciaba de tener muchos cortejos, y se le caían los dientes

Epigrama

A los que con sólo una tintura de gramática creen poder juzgar en toda la
literatura, aplicándoles la sentencia de Apeles; Ne sutor ultra crepidam

Soneto

La guerra galana

Epístola

A una morena que negaba su amor

Epigrama

Contra los ignorantes presumidos, hablando con D. Quijote de la Mancha

Soneto

Epístola a un amigo

La fábula de las fábulas, o la raposa y los perros de Román

Advertencia

A Feliciano

Epístola jocosa

Críticas del teatro

Advertencia

Reflexiones de entreactos hechas en la tragedia de Blanca o los venecianos

Sátira

Cartel de comedias

A una comedia

Sátira

El pobre diablo

Sátira agridulce a Flora

El ruiseñor, el canario y el buey

Fabulilla

A un diarista

Epigrama

Algunos versos hechos de pronto que se recuerdan del autor

Preguntando cuáles desdenes herían más, los de una fea querida por capricho, o
los de una hermosa
Parangón
Diálogo entre el autor y Boileau
Soneto
Sobre el que se llamaba Viajero universal sin salir de Madrid
Epigrama
Billete hecho a petición de un caballero que quería deshacerse de un empeño
contraído a ciegas
Ideas hiperbólicas sobre uno que, convidando a comer a sus amigos, los
estimulaba con su ejemplo, comiendo más que todos
El desenfado patriótico o diálogo entre un Emisario del Rey Pepe , que vino a
pedir la entrega de la escuadra española a los franceses en la bahía de Cádiz, y un
buen patriota a quien se encontró en el camino de Chiclana
La moral de los escritores
Canto didáctico

La función de vacas

Grande alboroto, mucha confusión
voces de vaya y venga el boletín,
gran prisa por sentarse en un tablón,
mucho soldado sobre su rocín:
ya se empieza el magnífico pregón,
ya hace señal Simón con el clarín,
el pregonero grita: «Manda el Rey»;
todo para anunciar que sale un buey.

Luego el toro feroz sale corriendo;
(pienso que más de miedo que de ira):
todo el mundo al mirarle tan tremendo,
ligero hacia las vallas se retira:
párase en medio el buey; y yo comprendo,
del ceño con que a todas partes mira,
que iba diciendo en sí el animal manso:
«por fin, aquí me matan, y descanso.»

Sale luego a echar plantas a la plaza
un jaque presumido de ligero;
zafío, torpe, soez, y con más traza
de mozo de cordel que de torero:
vase acercando al toro con cachaza;
mas no bien llega a ver que el bruto fiero
parte tras él furioso como un diablo,

vuelve la espalda, y dice: «Guarda Pablo.»

Síguese a tan gloriosa maravilla
un general aplauso de la gente:
uno le grita: «corre que te pillá.»
Otro le dice: «bárbaro detente.»
Y al escuchar lo que el concurso chilla,
iba diciendo el corredor valiente:
«¿Para qué os quiero, pies? Dadme socorro;
¿No es corrida de bestias? Pues yo corro.»

A las primeras vueltas ya se halla
el toro solo en medio de la arena;
por no saber qué hacerse va a la valla
a ver si en algún tonto el cuerno estrena;
mas desde allí la tímida canalla,
que estando en salvo de valor se llena,
al pobre buey ablandan el cogote,
unos con pincho, y otros con garrote.

En esto con su capa colorada
sale a la plaza un malcarado pillo
puesto en jarras y la vista atravesada
y escupiendo al través por el colmillo,
dice con una voz agacharada:
«Echen, échenme acá el animalillo.»
Mas viene el buey; él piensa que le atrapa;
quiere echarle la capa, pero escapa.

Hecha al fin la señal de retirada,
que en otras partes suele ser de entierro,
pues muere el animal de una estocada,
o a las furiosas presas de algún perro;
sale el manso y pastor de la vacada,
y al reclamo del áspero cencerro,
la plaza al punto el buey desembaraza,
quedando otros más bueyes en la plaza.

EL JUGADOR

Soneto

Éste sí que es el modo verdadero
de aprovechar el tiempo; ésta si es brava

ocupación, en la que ayer estaba
con sus sentidos cinco un hombre entero.

Decía yo, a la izquierda del banquero
caerán el as y el tres: no lo acertaba
¿Parece que la cosa no importaba?
Pues importó todito mi dinero:

Y aún mas, que mi palabra es muy segura,
y sobre ella también quiso fiarme
el otro, que fiaba en su ventura.

Perdí, me sofoqué; y al retirarme
me dio un aire, cogí una calentura,
y no tuve después con qué curarme.

EL MARIDO PACIENTE

Epigrama

¡Hasta chismosa has de ser!
¡Hasta de vergüenza poca!
¡Hasta presumida y loca!
Dijo Fabio a su mujer.
¡Jesús qué mal humor gastas!
(Respondió ella con viveza)
yo no sé cómo hay cabeza
que pueda aguantar tus astas.

A UNA MOZA QUE SE PRECIABA DE TENER MUCHOS CORTEJOS, Y SE LE CAÍAN LOS DIENTES

Epigrama

Pepa tiene por despojos
mil amantes que la quieren;
y ella dice que se hieren
en las flechas de sus ojos.
Yo digo: Pepa, es mentira,
tus ojos son inocentes;
tu boca no, que los dientes
en lugar de flechas tira.

A LOS QUE CON SÓLO UNA TINTURA DE GRAMÁTICA CREEN PODER
JUZGAR EN TODA LA LITERATURA, APLICÁNDOLES LA SENTENCIA DE
APELES; NE SUTOR ULTRA CREPIDAM

Soneto

Ante los ojos del concurso Griego
puso Apeles un rasgo de su mano;
era la copia del Pastor Troyano,
causa fatal del memorable fuego.

Consultaba el Pintor con blando ruego
los votos de uno y otro ciudadano:
censura la sandalia un artesano,
y el divino pincel la enmienda luego.

Entonces lleno de soberbia el necio
pretende hacer ridículo aparato
de todo su saber, y en tono recio

Censuró lo más bello del retrato;
pero Apeles volviendo con desprecio
le dice: Zapatero a tu zapato.

LA GUERRA GALANA

Epístola

Apostaré, Belén, que si recibes
esta Epístola Bética en tu mano,
quién es el que te escribe no concibes,
conociendo no ser tu primo hermano:
bueno es que de este gusto ahora te prives,
pues aún para decírtelo es temprano,
y te basta saber que yo te estimo
más que ningún hermano y ningún primo.

Pero impaciente tú, y hecha una fiera,
te das blandas palmadas en la frente:
y dices entre ti, ¡mas qué si fuera
un jerezano chusco este insolente

de estos que con su espada y su montera
van perdonando vidas a la gente!
«Pues si yo le cogiera cara a cara,
mil vidas que tuviera le quitara.»

¡Qué gusto me da el ver que te enfureces!
Así me hace más gracia una belleza:
ya pones, maldiciéndome mil veces,
a pública subasta mi cabeza:
un beso de tu linda boca ofreces
(para darme el castigo con presteza)
a aquel que te descubra tu enemigo;
¿sí? Pues dame a mí el beso, y te lo digo.

Yo soy claro, señora, no os asombre:
desnuda la verdad voy a ponerlos;
que al cabo es hembra la verdad, no hombre,
y no debes temer el verla en cueros:
solo procuraré callar mi nombre,
que es de aspereza tal, que es exponeros,
si acaso vais a pronunciarlo airada,
a llagar vuestra lengua delicada.

Te engañas ciertamente si es que piensas,
que soy traidor, porque mi nombre oculto:
no porque me divierta a tus expensas,
seré capaz de hacerte algún insulto:
para vengar mis públicas ofensas
me ocurre de baldones un tumulto;
pero al llegar las voces a mis labios,
se vuelven en requiebros los agravios.

Pero, Belén, en vano desconoces
a quien en tu piedad busca un asilo,
y más cuando el refrán te dice a voces
que saques el ovillo por el hilo:
pues ven acá, tirana, ¿no conoces
por lo frío y lo seco del estilo,
que es el insulso autor de aquel soneto
contra quien fulminaste tu decreto?

Aquel que tuvo la insolente audacia
de un soneto que estaba a vos compuesto,
darle otra conclusión fría y sin gracia
poniendo el nombre de otra en vuestro puesto:
por esto sólo caigo en tu desgracia,

por esto me condenas, ¿y por esto
llamas a mi soneto frío y soso,
y al del otro salado y sentencioso?

Pues me atrevo a decir en el aprieto
en que tus fieras iras me han metido,
que no tiene de bueno ese soneto
sino el estaros, niña, dirigido:
bien es verdad que en el primer cuarteto
parece que el poeta enardecido
quiere llegar al cielo; mas la fiesta
valiente coscorrón después le cuesta.

Yo, el vencedor de la amorosa aljaba...
¡Qué talento de autor, denle la palma:
la musa a rajatablas le soplaba:
¡Qué fuego! ¡qué expresión! ¡pero qué calma
le sucedió después! ¡y cómo acaba,
hablando con el dueño de su alma,
después de tanto ruido y vocería
con una frigidísima tontería!

Empuña el gran poeta su clarín,
préstale todo el mundo su atención,
veremos qué resulta en limpio al fin:
el parto de los montes, un ratón:
esos versos con tanto retintín,
es fuerza confesarlo sin pasión,
no sólo indignos de Belén están,
más de la misma burra de Balan.

Como al que dan un vaso de sorbete,
y no ha visto sorbetes en su vida,
que el bárbaro al principio se promete
engullirse a bocados la bebida;
pero apenas resuelto se entromete
el frígido tarugo, amortecida
se le queda la boca medio abierta,
tiesos los dientes, y la lengua yerta:

Lo mismo a mí, teniendo embarazadas
las manos del soneto impertinente,
empiezan a ponérseme moradas
las uñas, y yo a dar diente con diente;
queríanme persuadir mis camaradas
que de tercianas era el accidente,

y siguiendo la ley de medicina
estuve ya si tomo o no la quina.

Hablar de la medida no he querido,
porque en ella se encuentran mil trabajos;
de música un papel me ha parecido,
con unos puntos altos y otros bajos:
se me antoja que Apolo enfurecido
mirando juntos tantos versos majos,
a palos embistió lleno de enojo,
y un verso dejó manco, el otro cojo.

Mas si el soneto estaba de tu gusto
¿Quién me manda, Belén reñir contigo?
No quiero ocasionarte más disgusto;
de tus amigos voy a ser amigo.
Diré en elogio suyo, pues es justo,
que es soneto del tiempo; y no lo digo
porque él esté compuesto a lo moderno,
sino porque ahora estamos en invierno.

No me mueve a decir la verdad pura
el que contra mí dices tu decreto,
sino el ver que compongan con frescura,
teniendo en tu beldad tan noble objeto:
yo, si celebrar quiero la hermosura,
y más si amor me tiene a ella sujeto,
tanto ensalzar mi pobre estilo busco,
que en la esfera del fuego le chamusco.

En la esfera del fuego, o bien mezclara,
con los rayos del sol mis versos flojos,
si para enardecerme no bastara
el fuego, Belencita. de tus ojos
tus ojos, que lidiando cara a cara
al mismo Amor arrancan los despojos,
y le hacen confesar entre sus glorias,
que no hay lauros sin ellos ni victorias.

Si acaso anduve en algo descompuesto,
concédeme el perdón, no seas esquiva;
bien ves está mi amor a tus pies puesto,
aunque mi pensamiento más arriba:
y a la menor sonrisa de tu gesto,
a la menor mirada compasiva,
al menor sí que de tu boca exhales

harás de mí el mayor de los mortales.

A UNA MORENA QUE NEGABA SU AMOR

Epigrama

Niega estar enamorada
cierta morena hermosura:
la creen porque lo jura
sin ponerse colorada:
al contrario yo presumo,
del juramento a despecho,
que guarda fuego en su pecho,
pues le sube al rostro el humo.

CONTRA LOS IGNORANTES PRESUMIDOS, HABLANDO CON D. QUIJOTE

Soneto

¡Qué hace vuestra merced que no arremete,
oh Don Quijote, y con sin par bravura
rompe la envejecida sepultura
en que os dejó tendido Cide Hamete!

La adarga embrace, vista el coselete,
y blandiendo en la diestra lanza dura,
embista la canalla sin ventura
de sandios que a eruditos se nos mete.

Mas ya os oigo decir hacia mí vuelto:
«Non mi quietud con voces alborotes,
ni demandes mi ayuda asaz resuelto;

»pues te fago saber, y es bien lo notes,
que si anda agora el mundo tan revuelto,
es sólo porque en él sobran Quijotes.»

EPÍSTOLA A UN AMIGO

En este temblador y alarbe suelo,

para cuya conquista y obediencia
bastó algún día un español capelo;
gastando estamos meses y paciencia
muchos marinos, muchos batallones,
y gran copia de usía y de excelencia.
¿Y aquí me piden versos tus renglones
cual si viviera en el Parnaso amado?
Pidiéranme venablos o cañones.
Que entre escombros y ruinas sepultado
mi numen yace, envuelto en telarañas,
de nuevas ruinas siempre amenazado.
Y aún tan hecho el mezquino a malas mañas,
que se burla al decirle que me cante
de nuestros héroes nuevos las hazañas.
«Para cantar (me dice) en un instante
esos triunfos de poco más o menos
con dos coplas del polo habrá bastante.»
¡Hay mas perversa Musa! ¡Estamos buenos!
¿Son estas aventuras del Quijote,
o insignes hechos de heroísmo llenos?
«Calla, dice, simplón de capirote,
tantas glorias conviértelas en cero,
y, si acertarlo quieres, en cerote.
Si hubiera habido un héroe verdadero
entre tantos, el moro que quedara
que me lo claven en la frente quiero.
¡Oh si el buen Cid Rodrigo levantara
de la sepulcral lápida el volumen
sacando al sol su macilenta cara!
Si no se hogara en risa, que me emplumen,
aun no juzgando dignos de su enojo
a cuantos de valientes hoy presumen.
¡Por cierto, nos diría, lindo arrojo
es acechar los moros a distancia
donde apenas se ven con el antejo!
El refrán de a más moros más ganancia,
que hizo el valor verdad de Pero grullo,
ya lo gradúa el miedo de arrogancia.
Nunca de la razón yo me escabullo;
un jayán fui, no supe hacer trincheras,
pero trinché a los moros el orgullo,
El lienzo tremolante en las banderas
fue el solo murallón que en la batalla
opuse a las contrarias armas fieras.
Mas gente de la bárbara canalla
ha espachurrado a coces mi Babiaca

que tantas bombas, balas y metralla.
Difunto estoy, y si me da jaqueca,
y casualmente pego un estornudo,
temblará el zancarrón allá en la Meca.»
Esto dijera el Cid; y no lo dudo,
que cual funesto escudo de Minerva,
murieron moros al mirar su escudo.
Esto dijera al ver que en la caterva
alarbe emplea envilecida España.
vanamente el vigor que en sí reserva.
Esto al ver los pertrechos en campaña,
y perseguir con tiros de cañones
a los que él persiguió con una caña.
Si para un bruto tantas prevenciones,
¡cómo resistirá el poder unido
de fuertes y políticas naciones!
¡Tal enjambre de premios repartido
En unos, cuyos méritos ignoro,
en otros, que ni aun ellos lo han sabido!
¡Oh Febo, tu sagrada luz imploro,
préstamela, si acaso no la ofusca
tanta brillante charretera de oro!
Imitaré la extravagancia chusca
del cínico, que armado de linterna,
un hombre en medio de los hombres busca.
Pero mi musa, bachillera eterna,
como débil mujer, se inquieta, y salta
si en ajenos negocios no se interna.
¡Qué le importará a ella que en voz alta
llamen valiente al que para gallina
sólo el verle poner huevos nos falta!
Siempre a morder o censurar se inclina,
y a la tonta le pega la censora
como a un padre prior la carabina.
Veremos si el humor se le mejora
al leer en tu carta el nuevo grado
con que la Patria tu valor decora.
Mas la taimada al cabo ha reparado
que otros lleven los hombros de oro llenos,
y tú muestres el uno tan pelado.
Los grados para cátedra son buenos;
que el magnánimo pecho no repara
en sesenta minutos más o menos.
Si el valor, como debe, se premiara,
vieras entre dos gruesas charreteras
colorear tu rubicunda cara.

Yo no sé cómo chanzas tan ligeras
puede seguir quien vive en un presidio
donde le afligen tan pesadas veras.
Mi situación comparo a la de Ovidio,
pues no será peor que Orán el Ponto.
tal es mi suerte, que la suya envidio.
No hay otra diferencia, por el pronto,
que ser destierro el Ponto de un gran sabio,
y serlo Orán en mí de un pobre tonto.
Las mismas amarguras por tu labio
probaste tú también; mas la dulzura
hallaste al fin, que por hallar yo rabio.
De día en día va mi desventura
en perseguirme haciéndose reacia,
y con nuevas amarras me asegura.
Mi vista nunca de mirar se sacia
en el tope la insignia de dos cuernos,
que en nuestras frentes es de mala gracia.
Mas gustoso pasara cien inviernos,
ayudando al flemático Caronte
a llenar de fantasmas los infiernos,
que contemplar tan tétrico horizonte
en mi buque infeliz, del que no salgo
sino como las cabras para el monte.
En él de nada sirvo, nada valgo:
sólo cuando los otros van a caza
suelo suplir la falta de algún galgo.
Bien puedes inferir qué linda traza
de cazas, pues son útiles en ellas
los desmayados ojos de Arr...!
De tanto cazador sigo las huellas,
y armado con un chuzo, a lo sereno,
parece voy pinchando las estrellas.
En caza hierve el áspero terreno:
mas de tantos que espuman sus hervores
no hay quien nos sepa dar un caldo bueno.
Armados de escopetas las mejores;
aunque según lo que ellos van cazando
mejor lo harán con plato y tenedores.
Las aves mansamente van volando;
un conejo se espulga en cada mata,
sin tener miedo al venatorio bando.
Mucho en al apuntar se disparata:
hay tiro que tan sólo acertaría
si pudiera salir por la culata.
Pues solamente así se enmendaría

volando las perdices hacia el norte
parar la munición al mediodía.
Conviene al largo asunto dar un corte.
A Dios: que ya me anuncia la campana
caza de más substancia y más importe.
Voy a comer: y a fe con buena gana.

LA FÁBULA DE LAS FÁBULAS, O LA RAPOSA Y LOS PERROS DE ROMÁN

Advertencia

En unos años en que reinaba en la Corte una plaga de fábulas (como la pudiera haber de tercianas) satirizaron al autor en una de ellas, haciendo decir mil disparates a un pobre alano y un perdiguero introducidos a conversación con Apolo por uno que se firmaba Román de Pinos. En respuesta se hizo la siguiente, que restañó el flujo de fabulizar que atormentaba al criticastro; con sumo gusto de Madrid, y para sosiego del arca de Noé, de donde hacia la requisición de alimañas para interlocutores de sus fábulas.

Fiero tropel de coces y patadas,
y de galopes dura trapisonada
dejaba estremecidas y atronadas
las comarcas del Pindo a la redonda:
eran los animales que a bandadas
abandonaban las antiguas cuevas,
corriendo a guarecerse en otras nuevas
de un sátiro al furor más ignoradas.
De pánico terror sobrecogidas
las opuestas especies confundidas,
(que suele hacer amigos la desgracia)
iba corriendo igual en eficacia
junto al torvo león el tigre fiero,
y junto al lobo el tímido cordero.
En estas confusiones una zorra,
que iba también huyendo del fracaso,
mas echó el guante a una gallina al paso,
empezó a cavilar: «ya que una corra,
a lo menos sepamos nuestro daño,
no sea que el engaño
a perdición me traiga,
y por huir el mal, en el mal caiga.»
Dice, y revuelve los sagaces ojos;
y entre unos pinos (¡San Román me asista!)
Dos perros se le ofrecen a la vista,
mustios, caídos, magullados, cojos,

y aullando en tiple a modo de cerrojos.
La zorra al arrostrar el caso horrendo
un salto dio hacia atrás; cuentan algunos
que fue de compasión, y otros más tunos
dicen que fue sintiendo
que no fueran gazapos los tullidos,
a quienes interrumpe los aullidos.
Así la muy ladina,
lamiéndose de plumas de gallina
el falso labio, meneando el hopo,
(que asimismo lo refiere Esopo):
«¿Quién os derrenga las robustas ancas,
hermanos canes, con indigno trato,
a ti alano, a pesar de tus carlanças,
y perdiguero a ti con tanto olfato?
Mas si el dolor vuestra oratoria corta,
y no podéis contar vuestros apuros,
vamos a lo que importa;
decid: ¿dónde estaremos más seguros?»
Levantando el hocico de la tierra
el alano responde en lengua perra:
«Guay, guay de ti, raposa, si no corres:
que aunque cayeran sobre ti cien torres
fuera menos que el mal que nos derrenga.
Guay, guarte que no venga
el sátiro que cara
con una de las dos puertas de Gaza,
que Sansón transportó sobre los lomos.
La máquina que a todos pone susto,
de que nosotros ya víctima somos,
es un tablón de pino el más robusto,
barreado de versos, como plomos,
tachonado de ripios, como clavos,
y pobres consonantes a los cabos.
Forzado cada cual con su cadena.
Este tablón, que él llama a boca llena
fábula original, con pobre orgullo,
es quien nos tiene en un continuo aúllo,
pues lo dejó caer sobre nosotros,
y allí embutidos como en duros potros,
perdimos de dolor hasta el instinto;
sugiriéndonos él tal laberinto
de vaciedades, y una prosa en rima
tan áspera, tan ruda e importuna,
que es más dulce tener la tos perrona.
Las fieras con temor de que las halle

y las derribe el fabulario encima,
unas se arrojan de la cima al valle,
otras del valle trepan a la cima.»
as el derrengado se lamenta
la sorda barahúnda se acrecienta:
tiembla la firme tierra rebatida
con tanto golpe de pezuña hendida:
estallaban los duros alcornoques
de los fugaces ciervos a los choques,
que topando con ellos ciegamente,
desenramaban la frondosa frente;
y en medio de esta broma
el Fabulero cazador asoma,
el ancho y rudo fabulón alzado,
y al que coge debajo lo desloma.
La zorra, encaramada en un collado
apenas le ve dice: «toma, toma,
¿el sátiro no es este que algún día
se llamó en el Parnaso Traga libros,
y Febo lo expulsó, porque veía
que los tragaba, y no los digería?»
Cuando en virtud de la ferrada tabla
se hallaron los cuadrúpedos con habla;
y las primeras voces
que llevaron los céfiros veloces,
y los primeros ecos
que revocaron los profundos huecos
gritaban a los mártires caninos:
«Román de Pinos, guay, Román de Pinos.»
Mientras clamaban todos, la raposa
se burla, y pone pies en polvorosa.
De esta fábula tú (ni yo tampoco)
lector amigo, aunque te vuelvas loco,
podrás sacar moralidad ninguna.
Por ella no se ve que la fortuna
ayude al más valiente o más cobarde;
que debamos morir pronto ni tarde;
ni cuales de virtud son los caminos:
sólo avisa al buen gusto que se guarde
de fabulones de Román de Pinos.

A FELICIANO

Epístola jocosa

En verso he de escribir, por más que avaro
guarde los consonantes con cien llaves
Apolo, sin querer prestarme amparo.
Versos duros serán, que los suaves,
llenos de gracia, pompa y hermosura
sólo tú, Feliciano, hacerlos sabes.
Harto hace el triste vate, que procura
que once sílabas sigan a otras once,
formando procesión lánguida y dura;
y que si el primer verso acaba en bronce,
el pobre a quien la carta se dirige
por fuerza ha de llamarse Alonso Ponce;
pues la esperanza de esta ley no aflige
a aquel que, como tú, los consonantes
como entre peras sin temor elige;
tú, sí, razón será que siempre cantes,
sin que te valgan frívolas excusas,
y al cielo la sonora voz levantes.
Tú que dejas las gentes bien confusas
dudando si las musas te han soplado,
o si tú eres el fuelle de las musas.
Y quédese entre el polvo sepultado
el infeliz poeta a quien abate
de amor el yugo, y la opresión del hado.
Pero a ti del Parnaso, ínclito vate,
cuyos versos sin duda Apolo encierra
dentro de algún lúcido escaparate:
a ti te toca levantar de tierra
mi desvalida musa, y darla el fuego
que a todo ingenio en tu romance aterra.
Yo siempre a los romances tuve apego,
pues con ellos su vida el ciego gana
y a mí me falta poco para ciego.
Principios a lo autor de Araucana,
y en decirnos las cosas que nos cantas
se va medio romance y la mañana.
Acabas el exordio, y ya me plantas
un pedimento en tono de ahogado,
con el cual de patillas me levantas.
Dices que en el correo no has hallado
carta mía al llegar a ese destino;
y a mí ¿quién me escribió que habías llegado?
¿Soy acaso profeta o adivino?
Lo que está junto a mí veo con pena,
¡y veré a ochenta leguas de camino!

Sin culpa tu cariño me condena:
yo no pude saber si tu navío
dio fondo en el Ferrol o en la Cayena.
Presida nuestro amante desafío
la diosa Astrea; su justicia invoco,
que diga si el error es tuyo o mío.
No conozco a Astarot mucho ni poco;
pero pues sientes tanto que ande suelto,
sin duda debe ser un grande loco.
Abandonar la carta había resuelto:
mas ya que en estas rimas infelices
involuntariamente me hallo envuelto,
vamos a los Sonetos, que me dices
te dé mi parecer sobre ellos: digo
que son composiciones muy felices,
pero no he de callarte, como amigo,
los reparos de cierto apasionado,
que gran reputación goza conmigo.
Capuzo (dice el tal) muy obligado
te debe estar, pues su renombre acreces,
haciéndole sujeto muy nombrado.
Y quien lea los versos que le ofreces
no acabará del todo la lectura
sin nombrarle a lo menos siete veces.
A fe que dice el tal la verdad pura:
tanto poner el nombre del sujeto
huele a ripio a cien leguas de andadura.
Y aquel Capuzo del primer cuarteto
tal capuzón quisiera yo que diese,
que a salir no volviera en el Soneto.
Ojalá este el reparo único fuese
que en la frente ceñuda y arrugada
al rígido censor se le pusiese.
Siguió pues la lectura comenzada,
llegó a aquel casi llora, y al instante
dijo: esto no me gusta casi nada.
Quítale al llanto el casi de delante;
y déjale llorar a rienda suelta,
que no es lo más impropio en un amante.
Ya tu composición quedaba absuelta
por lo demás; pero el censor de pronto
dijo con voz irónica y resuelta:
«o yo vivo engañado como un tonto;
o aquí hay un disparate positivo.»
Yo a responder en tu favor me apronto:
¿No dicen que a su ausente con un vivo

Amor esa Amarilis corresponde?
Luego no viene a pelo amor esquivo.
Señor, yo dije, a nadie se le esconde
que de aquello a que fuerza el consonante
ni el poeta más clásico responde.
Si en vez de pensativo, vacilante
hubiera puesto en el renglón primero,
no fuera esquivo amor, sino constante.
Amigo, el consonante y el dinero
son dos cosas que en este mundo triste
por las más poderosas considero;
Pues así como el rico a quien asiste
un buen bolsón de mejicana fruta
la frágil castidad no le resiste;
Así acabando un verso en absoluta,
a mujer que se mete en el siguiente
su honor el consonante la disputa.
Con esto el escrutinio impertinente
tuvo fin, y el Soneto a Proserpina
por todos fue aprobado de excelente.
Si tu curiosidad tenaz se obstina
en conocer al reprensor adusto
que tan inexorable te examina:
sábetelo que es un griego que de Augusto
el siglo conoció, y en su palacio
fue alojado, su nombre es el Buen gusto.
Floreció con Virgilio y con Horacio;
y muertos ellos se acogió al Parnaso,
donde vivió escondido largo espacio:
la española Talía no hizo caso
jamás de él, y no fuera conocido
a no ser por el joven Garcilaso.
Éste habiendo la Italia recorrido,
en un valle se ve que le restaura
con mil aromas el vigor perdido.
Sonando el agua, y murmurando el aura,
y respondiendo el eco, esparcen sólo:
«Aquí Petrarca suspiró a su Laura.»
Y Sobre el solitario mauseolo
reclinado el Buen gusto se lamenta
de la perdida musa al rubio Apolo.
Entonces Laso a visitar le alienta
las desvalidas Náyades del Tajo,
y los pastores que cantar intenta,
a nuestra España a su pesar le trajo,
cuyo vulgo poético al buen viejo

recibió con estéril agasajo.
Viendo como en un claro y fiel espejo
en él su barbarismo retratado,
tomaron el huirle por consejo.
Fue el número de amigos muy contado
en aquel feliz tiempo, que en el nuestro
a dos indiferentes no ha llegado.
Este divino y singular Maestro,
cuyas huellas seguir procuro en vano,
me dictó los errores que te muestro.
Resignación y enmienda, Feliciano.

CRÍTICAS DEL TEATRO

Advertencia

El teatro español, cuya prodigiosa fecundidad en piezas originales ha servido por mucho tiempo de emulación y asombro a las demás naciones, se ve en el día oscurecido y abrumado por el sin número de traducciones del francés con que, presumiendo enriquecerle, le han empobrecido los mezquinos traductores. No son regularmente las obras de los primeros ingenios de Francia las que nos regalan, sino producciones medianas o de segundo orden, cuyo principal efecto y artificio consiste en preparar, por medio de una serie de diálogos prolijos y mal hablados, una catástrofe horrorosa e inverosímil: como son los asesinatos alevosos ejecutados con todos sus atroces pormenores a vista del espectador; los tribunales de justicia con todas sus fórmulas pesadas y antipoéticas; y últimamente el espectáculo asqueroso de los cadáveres destrozados en los cadalsos. En tales monstruos escénicos hemos estado bebiendo sin sentir las máximas, usos y costumbres de la revolución francesa, en vez del honor y fina cortesanía que nos recuerdan nuestras antiguas comedias. Uno de los dramas que se granjearon más número de esta clase de admiradores fue la que se intitula tragedia de Blanca o los venecianos: pieza contraída a las circunstancias particulares de la conquista de Venecia por los franceses; y en la cual para derribar un Gobierno, por quien era el Estado Veneciano una república rica, independiente, y llena de prosperidad, se le procuraba hacer odioso, y excitar el interés a favor de un francés aventurero. Éste da motivo a la tragedia con querer casar con la hija de un senador contra la voluntad del padre, que la quería dar a otro senador (como es el orden); y el francés, desde una capilla en que tenía cita con la niña, escaparse a la llegada del padre por un agujero a casa de un embajador; lo que estaba prohibido con pena de muerte por una ley con que empieza la acción dramática: hasta que llamado el francés a juicio, no se quiere disculpar de rabia porque el carcelero le dijo haber visto casarse ya a su querida; y así sufre la pena de garrote, de que se da espectáculo al público con ridícula y asquerosa perspectiva. Esta pieza, tan hija de la política napoleónica, fue ejecutada con la más rigurosa pantomima o imitación de los actores de París: esto es con gritos, gestos y aullidos del mal gusto

moderno en aquella capital. De todo lo cual se burla el autor en la siguiente sátira de un modo bastante distinto para poder prescindir de la vista de los originales.

REFLEXIONES DE ENTREACTOS HECHAS EN LA TRAGEDIA DE BLANCA O LOS VENECIANOS

C'est un droit qu'à la porte on achete en entrant.
–Boileau Art. poétiq. chan. III.

Sátira

¿El Senado en el foro a qué se junta?
¿Qué negocio le trae? -¡Brava pregunta!
El ver unos amores de novela
mejor que desde el patio o la cazuela.
-No es mala impertinencia de señores;
vaya, diviértanse los senadores:
pues con su compañía reverenda,
cuatro retruecanillos de contienda,
un francés entre tantos sacristanes,
que se mueven cual mazos de batanes,
y entre dos de ellos de familia un pacto,
cátate concluido el primer acto.
-¡Hola! Censor, pasito, con sosiego;
aquí tu laconismo es puro griego:
por uno que te entiende o te interpreta,
hay ciento de cuchara de bayeta;
y con aquel candor con que han tragado
dos tribunales y un ajusticiado,
clamarán: ¡impostura manifiesta!
Digo, ¿es lance de amor una ley puesta
en tela, y aun dictada, que condena
a todo embajador a cuarentena?
¿Y un espión francés hecho togado
porque de un soplo aseguró un Estado?
Esto dirán, y quedarán muy vanos.
-¿Sí? Pues yo les diré besos las manos,
señores; mas prosigan su camino,
que yo hablo sólo aquí con mi vecino,
que al ver escena plena, y tanto estruendo,
todo es rascarse y bostezar diciendo:
¡qué es de la exposición, que no la hallo!
¡Cuándo sale con treinta de a caballo,
pues abertura anhelan bien brillante,
ese protagonista que nos cante,

«aquí verán el fin más desgraciado
del hombre más sin gracia enamorado!»
-Yo por más que le digo que allí votan
senador al que luego le acogotan,
que la causa es amor, y este el suceso
que anuncia de Venecia el gran congreso,
y a más que hay procesión: calla o me humilla
diciendo ser tragedia gigantilla
con enorme cabeza y cuerpo enano.
El hombre es material, se aplica al grano:
en punto de interés no gasta flema:
yo por no airarlo más sigo en mi tema,
que el interés de acción se queda intacto
después de concluido el primer acto.
Segundo. ¿Lugar nuevo, escena aparte?
Pues vamos con la música a otra parte.
Ya tenemos a Blanca la rollona
muy cariacontecida y remonona,
que quiere, si el autor no lo remedia,
casarse. -Pues que vaya a la comedia.
-No señor: que la anima el gran deseo
de morir cual esposa de Teseo;
y ya por este mes la llega el turno
de ensangrentar con gloria su coturno.
-Vaya pues, que se muera como pueda;
y el viejo torbellino es quien lo enreda
proponiendo a la chica un matrimonio
con quien no puede ver más que al demonio.
¿Y el novio? Ellos se entienden; por supuesto,
y era la primer vez que hablaban de esto,
resortes son del arte, aunque no exactos.
Pero excelentes para llenar actos.
-Resorte que del arte es el oprobio
(grita el vecino); y sin mentar el novio,
¿quién vio jamás matrimonial contrato?
¿Cómo pudo ese viejo mentecato
pensar llegase a adivinar su hija
que para yerno suyo el padre elija
a su antiguo rival, si ella es testigo
de que a él se le sentaba en el ombligo?
¿Esta es tragedia, fábula o conseja?
-Esos sí son escrúpulos de vieja;
y esta es una de aquellas fruslerías
que yendo días y viniendo días
suceden una vez: no es ley expresa
que ocurra en sociedad de sobremesa,

en visita, en paseo ni en el coche,
y ocurrió en el teatro aquella noche.
No hay que dudarlo, el viejo es un buen hombre,
la Blanca ¡un alma! Así como su nombre;
y esta credulidad, que ofende a tantos,
es lo que yo les hallo de más santos.
Márchase el viejo a prevenir la dote,
como diciendo para su capote:
la chica ya se hartaba de soltera,
y por casar se casa con cualquiera.
Y aquí entra Moncasín: a muy buen tiempo
viene con sus requiebros de entretiempos;
pues casi ya le abraza la muchacha,
cuando hétele, que en chupa y sin garnacha
Capelo, el personaje de interés,
aunque no el menos bobo de los tres,
sale diciendo: yo soy el dichoso.
Blanca está lela, Moncasín celoso,
Capelo en Babia y regañando a trío,
se dicen poco, malo, turbio y frío;
se comunica a la luneta el hielo,
y el telón de fastidio viene al suelo.
-No viene al suelo, que se tiene en vilo;
ni así, oh censor, de tu tijera al filo
cercenar quieras el mejor pasaje,
cuando Capelo dice en buen lenguaje:
¿Tres en lance de amor? Alguno sobra;
yo me voy, perdonad la mala obra.
Que se quedan los dos mustios, sombríos.
Temblando en convulsión de celos fríos,
que él incendios vomita por el pronto;
mas luego de la niña a un calla tonto,
la bandera pacífica tremolan,
y que se arrullan, y que se atortolan.
-Déjame, pues tan lindo te parece,
si no quieres que silbe, que bostece.
¡Yo he de ver vuelto en frío parasismo
ese rayo del fuego del abismo
llamado amor! Pasión gigante y fiera,
que no halla en leyes freno ni barrera,
término en la razón que la deslinda,
que se arroja a la muerte, y no se rinde.
¡Alma de Fedra, infierno de Hermione!
¡Quién en bocas tan frías te pone!
Que en dos escenas no hallan más consejo
que el de implorar a un negativo viejo;

¡qué viejo, ni poder, ni padre media
ante el trágico amor! Que si en comedia
es risueño y versátil cortesano,
en la tragedia es déspota tirano.
¿Y he de oír no su estilo conveniente,
apasionado, enérgico y ardiente,
sino la turbia y tibia algarabía,
como entre septentrión y mediodía,
siempre glosando aquella frase rancia
de sensibilidad y de constancia,
nunca escogida, y siempre chabacana,
que a nuestra pobre lengua castellana
levanta mil franceses testimonios?
Venga abajo el telón con mil demonios.
Tercer acto. Yo debo estar enfermo,
porque aquí está lo bueno, y yo me duermo.
Sobre el cambio de un novio, que ella odia,
sale Blanca a cantar la palinodia
jugando de entendique y de penseque.
«Pícara, dice barbas de tembleque,
a ver el novio» y se aparece entre ellos.
¿Quién lo trajo? El autor por los cabellos.
El mismo que antes hizo noche al viejo,
diciendo lo llamaban a consejo;
y el que se lleva con cualquier pretexto
al mueble que en la escena le es molesto.
No bien se han visto, y se arma la camorra
y los gritos del juego de la morra:
en vil figón a convertirse viene
la grandiosa mansión de Melpómene:
todo es equivocar con el exceso
de dos perros que rabian sobre un hueso
su expresión noble y su clamor sublime;
pero el pulmón por más que los anime,
nunca en el corazón serán sentidos
furores que desgarran los oídos.
-Señor, que aquí hemos visto muchos meses
en Francia declamar. -¿Y los franceses
sólo saben gritar? ¿Y qué esas gentes
no hacen llorar un rato a sus oyentes?
¡Y semejante zambra y gritería,
tal disonancia y confusión podría
el tono ser jamás que immortalice
las lágrimas de Tito y Berenice!
Talma el modelo fue: ¡oh! Que ese Talma
podrá prestar su gesto, y no su alma.

El pasmo de la escena es cuando el viejo
se está en sus trece; y el bribón cortejo
se echa a sus pies a hacer la gatatumba;
y luego le da un grito que le tumba.
Malo ve el pleito, y lo remata a voces,
se retira hacia atrás, ojos atroces,
gesto... pero el pincel aquí refreno,
que en mala situación no hay actor bueno.
¿Quién no dirá tras de una voz tan recia,
que quien la dio se tragará a Venecia?
Pero nunca dirán con más razón,
grito de montes, parto de ratón.
Acto cuarto. Aparato penitente,
lámpara, altar, y Blanca la doliente,
que antes de dar al duro yugo el cuello
tiene dada una cita al francés bello
en la misma capilla. -Pero boba,
mejor que la capilla era la alcoba.
¡No habrá lugar para un favor siquiera!
¿No ves que Barba cana allí te espera,
el señor cura y toda la pandilla,
que te quiere casar con el Golilla?
¿Si ellos vienen; cuitada, en qué escondrijo
lo podrás ocultar? -¿Qué quieres, hijo?
La fatalidad trágica me asedia.
-Hija, es verdad, fatal es tu tragedia.
Por lo que es cuenta, el tibio galán llega,
le propone la fuga, ella se niega;
y no sé yo si el sitio de la cita,
el santo altar, oh lámpara bendita,
les sugiere la fuerte tentación
de ponerse los dos en oración.
Sin duda se diría por tal caso
que amor y devoción distan un paso.
Y estando de rodillas los devotos,
haciendo, en vez de amor, extraños votos
de no tener más celos (que es empeño
como el de no tener hambre ni sueño),
sin dejarles decir amén siquiera,
cátate la legión casamentera,
que a turbar viene el místico recreo
cantando letanías a Himeneo;
y tras de tanto triunfo y tanta gloria,
que la tragedia omite, y aun la historia,
el héroe paladín de las bravatas
se va por un boquete medio a gatas,

a lo ratón, que enfile el agujero
cuando siente la llave en el granero.
Los tiranos se agarran de la hermosa,
y al enlazar su mano con la odiosa
del senador, la ninfa se amortigua;
y aquí, amigos, la historia no averigua
(no será estilo en trágicos enredos)
si a lo menos las manos por los dedos
se llegan a tocar, o dando en vago
la bendición nupcial quedó en amago.
Muchos el matrimonio dan por huero;
mas lo abonamos yo y el mandadero:
él, porque a Blanca vio tendida y yerta
al pie de un novio, y con la mano abierta;
siendo ¡quién sabe! Estilo veneciano
el dar la pata a la que da la mano;
yo por ver sólo un medio en tal pasaje
de introducir a un nono personaje,
quien sin tener carácter bien notorio
al pobre Moncasín ni al auditorio,
es de su muerte el móvil fidedigno:
resorte igual no es del coturno digno.
No es sostener cautiva en esta parte
nuestra ilusión, que es la verdad del arte;
ni es dar al nudo solución bastante,
ni es conducir la acción interesante
a su fin necesario y lastimero,
sino arrastrar la res al matadero.
El quinto no matar da el catecismo,
y el precepto de Horacio da lo mismo:
no matar en la escena, o por lo menos
no destrozar los corazones buenos.
Esto al autor de Blanca importa poco,
nos trata como a niños con el coco;
nos ofrece por acto un desvarío
como noche de invierno negro y frío:
nos hace el bu con lúgubres capuces,
nlutado y funerarias luces,
anuncios del entierro del buen gusto;
mas lo improbable amansa cualquier susto.
¿Cómo, si es compasivo el carcelero,
se divierte en burlar al prisionero?
Pues aunque pudo ver la nupcial hacha,
nunca vio se casase la muchacha.
Será la sombra del poeta acaso,
que fuerza el lance por salir del pago.

¿Dónde está ese carácter tan honrado
de Capelo, que viendo que el culpado
es su triste rival, incontinente
no se tiene por juez incompetente,
se levanta ligero de la silla,
y cuelga de una percha la golilla?
¿Y aquel secretear con el fantasma
padre, que al cabo ha de morir de asma?
¡Tanto sin caridad bufa y rebufa
¡Tanto sacude la peluca bufa!
¿Y el otro juez de palo allí tendido
mientras los dos se hablaban al oído,
tostando una poltrona, hecho un panarra:
tocándose en la tripa la guitarra?
¿Qué diré del hipócrita Capelo
cuando entra Blanca, y se levanta el velo,
que pide se examine aquel testigo,
que se suspenda el bárbaro castigo,
y nos la viene a echar del justo juez
cuando al otro le han roto ya la nuez?
Si la maldad humana es tan impía,
nunca engaña con tanta grosería:
tribunal tan infame, si es que existe,
Melpómene orgullosa lo resiste.
¡Patíbulo en las tablas! ¡Vil capricho!
Remendón de coturnos, ¿quién te ha dicho
ser fuente de las trágicas pasiones
el que es lecho de muerte a los ladrones?
¿No sabes, infeliz, que no conviene
sino el noble puñal a Melpómene,
cuya herida y la sangre que derrama
al cadáver que cubre nunca infama?
Que la sangre vertida es lastimosa
¿y sangre agarrotada es asquerosa?
Que el terror es placer de almas sensibles,
y el horror de cambales horribles?
que deslumbrar los ojos y no el juicio
es de linterna mágica el oficio?
Déjale sus ahorcados y sus brujas;
mas si en la escena tú la sobrepujas,
algún niño es verdad romperá el llanto,
alguna madre abortará de espanto;
pero el varón sensible y de buen gusto
oye cual grita con desprecio justo:
¡Y sólo a Moncasín le dan garrote!
¡Pues qué el autor no tiene su gañote!

Asesinar el gusto es su delito;
¿Por qué no va si quiere ancho, expedito,
juntar gran turba, y jueces bien propicios,
de gente que se edura en los suplicios,
con sus ajusticiados a la plaza,
y el trono de Racin desembaraza!
¡Oh musa! Tú, cuyo favor implora
ultrajado el Buen gusto, y vengadora
los dardos todos armas en su auxilio
de Juvenal, de Persio y de Lucilio,
serena el pecho airado, y sin enojos
vuelve un momento los amables ojos
hacia el vate, a quien rígida fulminas:
tú verás que del Pindo en las colinas
a resonar su nombre a veces viene,
que favorable a veces Melpómene
su inspiración le vierte en larga vena,
y de su patria atónita la escena
al ver a Óscar, o Mario el de Minturno,
tembló bajo la estampa del coturno.
Si aquel genio que entonces ha brillado
es ya un astro sangrento y eclipsado,
vuestra es la culpa, oh musas inconstantes,
que hoy arruináis al que elevasteis antes.
Vuestros caprichos son nuestras excusas:
¡Oh leve sexo! ¡Oh sueños de las musas!
Al mismo Homero alguna vez fatales,
¡Por qué dormís también las inmortales!
Y vosotros, en fin, paisanos míos,
que incautos a los nuevos desvaríos,
vais a templar las penas verdaderas
con alegres o tétricas quimeras
en la escena, la moda halló el secreto
de que arrumbéis de Lope y de Moreto
las piezas por antiguas o ramplonas.
¿Y al fin qué os da? Francesas cucamonas.
Débil para arredrar vuestro deseo
la lluvia o nieve, henchís el coliseo;
¿Y allí qué veis? El cielo me confunda
antes que oír la loca barahúnda
con que en honor del desbarrado ingenio
hacéis temblar los arcos del proscenio,
y aplausos dais que Apolo no reparte.
¿Pensáis gozar de Sófocles el arte
cuando de horrendas farsas sois testigos?
¡Ah! Perdonad; no es eso ver, amigos;

eso es tener dos ojos en la cara,
hechos como con palo en simetría,
por donde entra la luz común del día,
mas no los rayos de la ciencia clara.

CARTEL DE COMEDIAS

Hoy lunes, fiesta pascual,
en obsequio al nombre real,
se iluminará el corral
con esperma de sartén,
que hará a los ojos muy bien,
y a los vestidos muy mal.
Habrá gente hasta el portal,
empujón, grita y vaivén;
y en un drama colegial,
que tradujo no sé, quién,
una niña de retén
en papel sentimental
se las tendrá ten con ten
a la dama inmemorial
del Desden con desdén.
¿Y en los Caños del Peral,
que es teatro principal?
La orquesta sonará bien
si zurren bien al timbal:
mas para lo sustancial,
que es festejar a aquel Sol,
que un día al orbe español
ha de dar lustre cabal,
habrá auto sacramental
sacro-místico-moral,
que en tono lacrimonial
recordará al pecador
el pecado sucesor
del pecado original.
La atención, será mortal
mientras la versión se estrena
de un retazo de misal;
no la de la Magdalena,
sino de un buen oficial.
Habrá fervor y atrición
por terror y compasión
y al dar el golpe fatal

de la mandíbula asnal
sobre el cráneo fraternal,
pondrá el señor director
da espectador
un buen vaso lacrimal.
Lo que es pompa teatral
esa sí, no tendrá igual.
Traje, el que del padre Adán
heredó San Sebastián,
que no arruinará el caudal
porque no es más que un pañal.
La comparsa pastoral
tan vestida al natural,
que yo apostar no me atrevo
que si pasare casual
la ronda de pan y huevo
no los lleve al hospital.
La escena hacia Palestina,
como quien vuelve la esquina
del paraíso terrenal:
decoración celestial
con nube negra y mohína:
viento, trueno y culebrina.
Voz del cielo, y no divina,
sino un poco catarral;
que con su arenga eternal
prueba sin anacronismo,
que en tiempo antediluvial
no se inventó el laconismo
en la corte celestial.
Y con una ópera igual,
que emigró de un funeral,
se fijará estacional
en cada esquina un cartel;
y nadie leerá en él
sino Abel y más Abel,
y el primer odio mortal
de los primeros hermanos,
hasta el primer besamanos
que se dé el Juicio final.

A UNA COMEDIA

Sátira

Dulce entretenimiento de mi vida,
engaño lisonjero de mis horas,
lección de la virtud más perseguida:
comedia que en tus versos atesoras
tanta moralidad, que me parece,
te compuso el autor comiendo moras:
¿cómo tan sin razón desaparece
tu divertida farsa de un teatro,
que aplausos nuevos cada vez te ofrece?
Después que por ahí dicen más de cuatro,
que el padre que te hizo merecía
lo hicieran en Sevilla veinticuatro...
Chichones en la frente; y a fe mía
que la máscara estaba por quitarme,
no pudiendo sufrir más la ironía.
Mas pues tuve paciencia para estarme
tres horas calentando la luneta,
sin sacar de sustancia ni un adarme,
no será bien que a crítico me meta;
antes alabaré con mil amores
a la pieza, a la musa y al poeta.
Tú, Rufino, entre todos los autores
sabes hacer llorar cuando te ríes,
sabes hacer reír por más que llores.
¿Pues qué si entre cristianos y cegríes
te hallas de molde en la leyenda un lance?
Al punto en tres atajos lo deslías;
tomas el trotecillo del romance,
que entre cristiano y moro lo equilibras,
y no hay un mosquetero que te alcance.
Que si se le hinchan del testuz las fibras,
por versos, no hay temor, tu numen diestro
los pare a libros, y los vende a libras.
Puedes gloriarte, sin igual maestro,
que tu comedia, a fuerza ya de oírla,
la saben todos como el Padre nuestro.
¿Y quién podrá abstenerse de aplaudirla
viendo que va los vicios derribando,
como la bola que los bolos birla?
Pruebas no debe ser siempre tan blando
de la mujer el corazón afable,
sino duro también de cuando en cuando.
Que en vez del abanico gasten sable
para echar con modestia un brazo abajo
al que en ley de modestia no las hable.

Que tengan libertad y desparpajo
para encerrarse a solas con un moro,
sin temer les suceda algún trabajo.
Y siendo ella preciosa como un oro,
y el moro más travieso que Tarquino,
mantenga invulnerable su decoro;
pues sólo la requiebra con el fino
lenguaje de un arriero en el empeño
de caérsele un macho en el camino.
Ella se duerme, y él la guarda el sueño;
pero empieza a gritar como una urraca,
¡Abdemelik, Abdemelik mi dueño!
Hay una mora, que es la parte flaca,
y por mostrar la pobre algún recelo,
a poco más la dan con una estaca.
Quedan los dos amantes pelo a pelo,
Judit dormida, el bárbaro impaciente,
y en esta situación se corre el velo;
quedándose tan fresca allí la gente,
sacando para sí una consecuencia,
que a mi ver tiene mucho de indecente.
No es menos verosímil la apariencia
cuando buscando al Conde de Castilla,
y fiados del moro en la conciencia,
va de los castellanos la pandilla
por la cárcel pegando tropezones,
sin llevar un candil ni una cerilla.
¡Y andando por tan lóbregos rincones,
no han de pensar que el moro los embroma
aquellos santos ínclitos varones!
Pero luego el devoto de Mahoma
los va metiendo a todos en la trena,
y él las de Villadiego al punto toma.
Conde y más conde por la cárcel suena,
armándose un maldito vocerío
que a sempiterno conde nos condena.
Uno tropieza en él, ¡pasaje impío!
Y sobándole a tientas un carrillo,
dice con frialdad: ¡Ay, que está frío!
Que saquen luz; y al punto un monaguillo
sin más ni más saca un hachón de a vara,
como si lo llevara en el bolsillo.
Que si él desde el principio lo sacara,
a los pobres leales castellanos
más de cuatro porrazos les ahorrara.
Todos, ya por los pies, ya por las manos,

se agarraron a él con furia ansiosa,
como corren al toro los alanos.
Y al resplandor del hacha luminosa
uno de la devota compañía
hizo la oración fúnebre famosa,
empezando por una letanía
de condes y más condes, que Morfeo
narcótico mejor no inventaría.
Enternecióse todo el coliseo
cuando las alabanzas escucharon
del derrengado conde mustio y feo.
Las débiles mujeres le lloraron,
y dicen se llenó más de una espuerta
de perlas que sus ojos derramaron.
Con gestos tristes y la boca abierta
todos están llorando, hasta las mulas
de los coches que estaban a la puerta.
Hielo (que fuego no) por mis médulas
corre, Rufino, viendo la viveza
con que nuestras pasiones estimulas.
Ya de Judit la singular braveza
a Abdemelik, después de diez y nueve,
hoy ya a cortarle la última cabeza.
Insensible es aquel que no se mueve
a llorar, a rabiar como un muchacho,
por más que tenga el corazón de nieve,
mirando al pobre Abdemelik borracho,
y a Judit que le lleva hacia la cama,
donde le piensa dar tan mal despacho.
¡Oh lección de moral para una dama!
Que por más que la envidia se la muerda,
siempre al autor celebrará la fama.
Sale después, y a fe que no era lerda,
el alfanje en la diestra, y empuñando
un cabezón de turco en la izquierda;
la sangre que las tablas va regando
diera horror, si tan claro no se viera
ser un pingajo que la va colgando.
Modelo de virtud la más austera
en la mujer se quedará esculpido,
si es la mujer alguna verdulera;
y al filósofo autor será debido,
si mañana a otra niña se le antoja,
ir a hacer la experiencia en su marido.
Pero yo lloraré mientras despoja
el Aquilón de pámpanos las viñas,

y a revolver el ancho mar se arroja.
Mientras el hielo cubre las campiñas
lloraré que el teatro no florezca
con esta o semejantes socaliñas.
Lloraré que en las tablas no parezca
la Judit Castellana otras cien veces,
aunque el gusto del crítico padezca.
¡Oh público español, pues lo apetece,
que siga Abdemelik sacando cuellos,
y la Judit cascándole las nueces!
Que mientras embobado estéis con ellos,
yo admiraré la fuerza y la viveza
de la musa que canta en versos bellos:
lo Discordia levanta au cabeza.

EL POBRE DIABLO

Sátira agridulce a Flora

Si fuera mío, como fue de Fidias,
manejar el cincel maestramente,
dejara memorables tus perfidias,
ingrata Flora, a la futura gente.
No pienses amoldara a tu figura
bronce o mármol tenaz; tal es mi estrella,
que aunque la viera ser de piedra dura,
era capaz de enamorarme de ella.
Antes, ingrata bella,
(no te puedo nombrar sin requebrarte)
los esfuerzos del arte
agotara mi ingenio
para hallar copia a tu voluble genio,
buscando entre sirenas o crueles
esfinges de que hacer símbolos fieles
de tus interminables variedades,
y tus innumerables crueldades:
mas ¡qué sé yo si te amo todavía!
No puedo hacerte mal, y te lo haría
si quisiera verter por esta pluma
la hiel que has derramado en mi alegría.
Si de tu vanidad la blanca espuma,
si de tu ingratitud la negra tinta,
y tu encarnada liviandad te pinta,
quedará un tricolor en el traslado,

que el diablo se dará por retratado.
Pero son unas armas tus defectos,
que aunque para vengarme las aplique,
no las sé yo tomar sin que me pique.
No faltarán modelos muy selectos
de que sacar las gracias, los encantos,
y hacer un figurín muy de tu gusto,
pero que pueda dar al miedo un susto.
Estos originales
sabes, Flora, ¿quién son? Son mis rivales.
¡Cómo! ¿Te enojas ya? ¿Me haces espantos?
¿Qué culpa tengo yo de tus caprichos?
¿Por qué has amado tan extraños bichos?
Figúrate, Florita, por un rato
que yo soy tu escultor, y que en resumen
tomo un rasgo de cada mentecato
de cuantos ser tus ídolos presumen:
bien ves que en el retrato,
aunque yo de mi ciencia echase el resto,
saldría un pobre diablo, por supuesto.
Como ya es este el último regalo,
no te lo haré de piedra ni de palo,
sino de la materia más preciosa,
cual conviene a una dama melindrosa,
que subdivide un dulce haciendo muecas
entre docena y media de babcas,
de marfil, de azabache y de granate
será. Prevénle un buen escaparate.
¡Hermoso atar de diablo! Por la cola
determino empezar, parte integrante
de un diablo, y que se pega em el instante
al simplón a quien haces la mamola.
Todos eran colíferos tus muebles;
pero la que yo al mío le dispongo
será la de aquel fatuo monicongo
de las patas endeables:
quien por tomarte palco y carruaje
se alzó con tu cariño y mis desfalcos;
y era muy propio de él, que en su pelaje
se me antojaba un cobrador de palcos.
Ente sin gracia, ni virtud, ni vicio,
de cuyo cuerpo y alma el ejercicio
es dar los buenos días, romper coches,
comer, fumar y dar las buenas noches.
Pues mi diablo irá alegre con su cola
como si le colgaran una estola.

Ahora bien, no ha de ser el diablo cojo;
piernas ha de tener, pues las escojo
en aquellas tan débiles y curvas
del bobo... Pero, Flora, ¿tú te turbas?
¡Hola! ¿Conoces hablo del muchacho,
seis días tu cortejo,
abate marimacho,
mitad mujer y otra mitad cangrejo,
de quien hizo pintura bien profética
Horacio al principiar su arte poética!
¿No hablaré yo del fatuo indefinible,
a la par insensato e insensible,
que posee tres lenguas las más bellas,
y nunca sabe qué decir en ellas?
¿No quieres hable de él? Pues ya no hablo;
pero sus piernas vayan a mi diablo.
Ya necesita un cuerpo mi modelo;
coqueta mía, a tu inconstancia apelo:
ella me hace acordar de aquel enorme
barrigón montaraz con uniforme,
por quien se dijo al veros mano a mano:
«¿Esa muchacha va a escoger amantes
al gabinete, sala de elefantes?»
Bien acredita, Flora, aquel indiano
que no siempre te pagas de hermosura,
pues con un as de oros en la mano
no le fallas a nadie la figura.
¡Oh qué escena tan rara en aquel día
presentaba a los ojos tu belleza,
su fealdad, y mi mortal tristeza!
El amor nos miraba, y se reía.
¿Cabeza? Lleve el diablo la del lindo
héroe de tu pasión la más sublime,
que aunque ella no contenga, si se exprime,
más sesos que una pera de Donguindo,
es, por lo tanto, tierna, almibarada,
tan débil, que perdiera la chaveta
si se viera obligada
a aprender ni aun dos líneas de gaceta;
y formas triunfen, que el talento es grilla:
mas no lo tengas, Flora, a maravilla,
que cuando se vio Jove sin un cuarto,
porque con Dánae se gastó un tesoro,
no cuenta Ovidio que se fue a su cuarto
a morderse las uñas, ni hacer versos
largos, pesados, cual los hace Floro,

que si se le hinchan del testuz las fibras
los pare a libros y los vende a libras;
sino que más tunante
(¡Oh maldito retruécano!) el tonante
se convirtió en gentil lúbrico toro,
o en cisne candidísimo y canoro,
en cuyo fuego ardieron como estopa
el corazón de Leda y el de Europa.
Lo moral es de bulto, ella nos clama,
«Dejad de los estudios la molestia:
para obligar a una bonita dama
basta con ser una bonita bestia.»
¡Dura sentencia! De que yo me alejo,
pese al viejo rector de las estrellas,
que el sexo abunda de excepciones bellas
a cada instante desmintiendo al vicio:
¡ojalá, oh Flora, fueras tú una de ellas!
A tal cabeza es fuerza corresponda
la oreja del Esopo atrabiliario,
que cuando te metiste a sabihonda
tomaste por cortejo literario:
quien de un tordo o de un ganso en compañía,
no sé si por instinto o por capricho
de abonar el refrán de Dios los cría,
glorioso se despierta cada día
a decir mal lo que otros bien han dicho
que criado entre libros, embutido
en libros, y de libros mantenido,
se tiene por un crítico severo,
como lo es cualquier mozo de librero.
A sus fábulas llama originales:
bien hecho; que si no dirán los bobos
que le ha robado a La Fontaine las sales,
a Fedro las raposas y los lobos,
y al fabulista griego las morales.
Pero eso ya es hacer juicios perversos:
dile, Flora, que en ello no se meta,
pues todo el mundo dice, al ver sus versos,
esto no es cosa de ningún poeta.
¿Pero cómo sin cuernos la cabeza
de un diablo? Quejáranse los pintores.
No lo permitas, niña, que a las flores
en tu inconstante seno producidas,
regadas con tus lágrimas fingidas,
y ventiladas por tus ayes tiernos,
el fruto luego ¡cáspita! Son cuern...

Prosigo mi labor... ¿pero qué digo?
¡Fatal mujer! ¿Siempre ha de ser mi suerte
perder el seso y delirar contigo?
Trabajar sin materia es cosa fuerte;
pues aunque más me presten tus amantes
mamarrachos bastantes
para treinta retablos,
y colocar una legión de diablos,
si este pequeño, que a tus pies dedico,
ha de ser tricolor, gracioso y rico,
¿Dónde hallaré materia para ello?
¿Adónde el azabache oscuro y bello,
el marfil blanco y los granates rojos?...
En ti, Florita, en esos negros ojos,
purpúrea boca, alabastrino cuello.
¡Mas ay! Que si le doy en abundancia
las prendas que en ti lucen, mientras hablo,
le pegará las alas tu inconstancia,
y se me escapará mi pobre diablo.

EL RUISEÑOR, EL CANARIO Y EL BUEY

Fabulilla

Junto a un negro buey cantaban
un ruiñeñor y un canario,
y en lo gracioso y lo vario
Iguales los dos quedaban:
decide la cuestión tú,
dijo al buey el ruiñeñor,
y metiéndose a censor,
habló el buey, y dijo: mu.

A UN DIARISTA

Epigrama

Hay cierto censor mensual,
periodista atrabiliario,
que criticando el diario
se quiere hacer inmortal:
quien de este Catón moderno

la loca esperanza arguya,
lea una página suya,
y a que le parece eterno.

ALGUNOS VERSOS HECHOS DE PRONTO QUE SE RECUERDAN DEL AUTOR

A quien presentándole una copa le pedía un brindis y un verso

Tú, Delia, a beber me brindas;
y a fe que no se ofrecía
a Júpiter la ambrosia
por unas manos más lindas.
Pero es fuerza que prescindas
del verso que ansiando estás:
no suene en tu boca más
ese vocablo perverso
quítale la erre al verso,
y dame a mí lo demás.

A OTRA QUE LE PEDÍA EL BRAZO DESPUÉS DE HABERSE SERVIDO DEL DE UN PREBENDADO

¡Yo señora!... ni por pienso,
no me juzguéis tan profano:
¿yo he de tomar una mano
que me dais oliendo a incienso?
Entre este concurso denso
dejadme que me escabulla;
que yo si otra vez, por bulla,
quiero ser favorecido,
volveré a tus pies vestido
con balandrán o casulla.

A OTRA MUY BELLA QUE LE DABA EN UN CONVITE EL PIE FORZADO: ME APLAUDIRÁ EL UNIVERSO

Todo ingenio desconfía
de celebrar a quien ama;
pues si en su obsequio derrama
las flores de poesía,

dicen que es cortesanía,
o bien lisonja del verso:
pero en ti ¡ay Julia! Es lo inverso;
porque ya en verso, ya en prosa,
sé que si te llamo hermosa
me aplaudirá el universo.

PREGUNTANDO CUÁLES DESDENES HERÍAN MÁS, LOS DE UNA FEA QUERIDA POR CAPRICHOS, O LOS DE UNA HERMOSA

Parangón

Es la bella en sus rigores
como jardín, que en tributos
a quien no cede los frutos
embelesa con las flores.
Ella aplica a los dolores
del vencido la dulzura,
que es dote de la hermosura;
y al desventurado obliga
a que la mano bendiga
que labró su desventura.

Pero en viéndose triunfante
femenil escuerzo o bicho,
bella sólo en el capricho
de su alucinado amante,
no perdonará un instante
del triunfo sin ofender:
que a la que tanto al nacer
la naturaleza injuria
no le falta para furia
sino es el aborrecer.

DIÁLOGO ENTRE EL AUTOR Y BOILEAU

Soneto

Pobre Horacio francés, quedaste feo;
tus reglas son ya nulas para España.
-¡Oiga, y qué, poesía tan extraña

se estila más allá del Pirineo!

Así falló Minerva. -Ya lo creo;
si el mochuelo no fue que la acompaña.
-¿Qué arte fuiste a escribir? -El que no daña
al verso, así en francés, como en hebreo.

Pero si no hay barbero en las Castillas
que cante un vodevil: ni escrito vive
de tanto necio autor, que al polvo humillas.

-Eso que te lo enmiende el que te escribe,
y en donde hay vodevil pon seguidillas,
y en donde un necio autor planta un Olive.

SOBRE EL QUE SE LLAMABA VIAJERO UNIVERSAL SIN SALIR DE MADRID

Epigrama

Brotando más que el Vesubio
llamas de orgullo, aquí viene
un viajero, que tiene
el título del diluvio.

¡Gran plagiaro! -poco a poco,
lector, y no me lo ultrajes:
él no habrá hecho los viajes,
pero la historia tampoco.

BILLETE HECHO A PETICIÓN DE UN CABALLERO QUE QUERÍA DESHACERSE DE UN EMPEÑO CONTRAÍDO A CIEGAS

Noche y amor por mitad
mi error de ayer han causado;
mas hoy los dos me han quitado
su venda y su oscuridad:
amante es de la verdad
quien tuyo lo fue, hija mía;
si vio lo que no querría
quien te amó a ciegas, no hay daño,
pues que tardó el desengaño
lo que tardó en ser de día.

De noche fueron tus tratos,
y sin candil me enamoras;
y haces bien, que a tales horas
son pardos todos los gatos.
Hicimos nuestros contratos
y a cortejarte me ajusto;
pero hoy al fin tuve el gusto
de ver tu gracia y tu gala,
y a no tomar calaguala
me quedo muerto del susto.

Trocadas nuestras ideas
yo te dije: «bella aurora;»
y tú a mí «si esto es ahora,
¡qué sera cuando me veas!»
Pero voló el tapafeas
de la noche, y vino el día;
y ¡ay mi bien! ¡Quién pensaría
que amor durase tan poco!
Pero es niño, y viendo al coco
cayó con alferecía.

IDEAS HIPERBÓLICAS SOBRE UNO QUE, CONVIDANDO A COMER A SUS AMIGOS, LOS ESTIMULABA CON SU EJEMPLO, COMIENDO MÁS QUE TODOS

¡Oh, voracidad inmensa!
Nadie lo que comes sabe;
ni como tanto te cabe,
si no lo metes a prensa.
En menos que uno lo piensa
talas una mesa a diente:
detente, amigo, detente,
sino, habremos de creer
que sólo a verte comer
has convidado la gente.

Capones, pavos, perdices,
en sabrosa letanía,
se te cuelan a porfía
por entre barba y narices.
Los testigos infelices,
a quien convidar te plugo,
si han de sacar algún jugo

y dar al convite un tiento,
que aprovechen el momento
que se te atasque un mendrugo.

Aquel famoso Milón,
que se merendaba un toro,
comparártelo es desdoro;
tú fueras su co milón.
Danos capitulación
contra tan fieros bocados
pues los platos ya arrasados,
si esas agallas no domas,
está a pique que te comas
también a los convidados.

Eres terror de las fondas
con tan dilatado pasto,
porque si han de darte abasto
es fijo que las desfondas.
En tus tragaderas hondas
se embute en breve una casa,
pues es cierto que propasa
tu comer largo y aprisa
a todo cuanto se guisa,
y a todo cuanto se asa.

El desenfado patriótico o diálogo entre un Emisario del Rey Pepe, que vino a pedir la entrega de la escuadra española a los franceses en la bahía de Cádiz, y un buen patriota a quien se encontró en el camino de Chiclana

Cuando la siempre memorable y gloriosa contienda, que contra el usurpador Napoleón sostuvo la Nación Española, no ofrecía ya a sus ojos sino la más desastrosa perspectiva; que los ejércitos del enemigo se hallaban en su mayor incremento; las plazas fuertes, sin ser socorridas, rindiéndose una por una; y el gobierno legítimo reducido al estrecho recinto de las murallas de Cádiz, cuya rendición intimaban, tremolando con presunción de invencibles, las banderas del Tirano; fue la primera diligencia de éste el introducir en la plaza gran número de proclamas seductoras, y artificiosamente confeccionadas con expresiones de esperanza y miedo. No dejaban éstas de producir sus efectos en los ánimos contristados durante los primeros días del tiro; y a fin de contrarrestarle, y restituir al espíritu público aquella alegría y serenidad con que se habían mirado hasta entonces los mayores peligros, se escribió el siguiente diálogo, ridiculizando los principales argumentos y medios de seducción de que se valía el enemigo por boca de sus partidarios; o más bien de los que ya sujetos a su jugo tenían que hablar así contra sus propios sentimientos: habiendo sido tanto más útil y necesario el robustecer el espíritu

público en tan apurada situación, cuanto más distante se hallaba entonces la plaza de aquel grado de fortificación que fue después adquiriendo, para resistir, como lo hizo, tres años; hasta el amanecer del feliz día en que vio disiparse como el humo del frente de sus murallas el ejército sitiador.

EMISARIO

¡Qué terquedad de gentes! ¡Qué demencia!
Perderse el mejor trozo de elocuencia
que sugirió la escuela de Triana!
¡No escuchar la oración ciceroniana,
que en estilo escribió de caramelo
por proclama el melifluo Maquiavelo!
¡Devolver del Rey Pepe los oficios!
¡Y, al fin, de sus satélites novicios
hacer volver atrás una barcada
sin dejarles salir con su embajada!
Pues juro a Pepe pagarán la pena:
lo juro por la verde berenjena
que traigo al pecho: venerable escudo,
que me le miro, me le toco, y dudo
tanto valor se diese a un juramento,
siendo yo tan capaz de hacer un ciento:
porque esto de jurar es gesto mío,
y juro en falso siempre que me río.
Cádiz ha de tronar, pese a quien pese.

PATRIOTA

Doctor Jarabes, ¿qué furor es ese?
¿Qué extraña novedad, qué furia rara
enciende los carbuncos de esa cara!
¿Llegó de los abates la reforma,
y vos no entrasteis en la nueva norma?
¿O bien de ese hospital que os da la renta
y de Mercurio la virtud fomenta,
se ha levantado bueno todo enfermo,
dejando al director hecho estafermo?
Vaya, explíquese ya, señor letrado.

EMISARIO

Estoy furioso, y algo mareado;
desde el pie al solideo hecho una sopa,
de haber ido sentado en alta popa
de un buque de tres puentes (que así llamo
donde el que rema va) del Rey mi amo.

PATRIOTA

Bien se conoce, abate rubicundo,
que no fue vuestro oficio en este mundo
navegar en alcázares de cedro,
sino andar en la barca de San Pedro.
-Mas ¿dónde ibais al fin en ese leño,
o escuadra universal de vuestro dueño,
surcando audaz las gaditanas olas?

EMISARIO

A intimar a las naves españolas
su rendición al gran José primero:
que desde el general al marinero,
y hasta el león de proa, en el momento
se acerquen a prestarle juramento:
que él en la playa los espera.

PATRIOTA

Vaya,
no es mal palacio para el rey la playa:
sala de audiencia de un señor Pepillo:
¿con qué, sin sacar blanca del bolsillo
quiere tener navíos y arsenales?
¡Lindo! ¿Y qué respondieron los navales,
por ser vos quien en ello se interesa?

EMISARIO

Dijeron: ¡bravo empeño se atraviesa!
Padre, si está despacio, tienda usía
la vista por la horrenda artillería
que corona esos regios entrepuentes,
de Fernando a la voz rayos ardientes,
y verá si son hechos para entregas...
Pero si lo hace el rey por las bodegas,
las de Jerez apure, y luego avise.
Y al punto, viendo que arengarles quise,
a fumar se pusieron los tumbones.

PATRIOTA

¡Gente de mar, que es corta de razones!

EMISARIO

Ya les hice entender, como de paso,
que de los buques mi amo no hacía caso,
porque los daba ya por excluidos
a todos ellos, por estar podridos.

PATRIOTA

¡Oiga! y lo que discurre el buen Jusepe!
O es Salomón, o sabe más que Lepe:
si de la zorra, al fin, no es algún primo,
que por agraz no se comió el racimo.
Conque podridos, ¿sí? Pues que los deje
y si no se los dan, que no se queje.

EMISARIO

Ya lo hace; aunque no sé por qué manía
no les quita el antejo en todo el día;
y será compasión de ver metidos
entre buques ingleses los podridos:
que es, como ya sabéis, gente mezquina,
y no pueden en punto de marina,
como mi amo y señor, tirar de largo.

PATRIOTA

Padre Jarabes, sí: ya me hago cargo:
y, aunque novicio renegado, veo
que os portáis como antiguo corifeo
en el arte al francés tan productiva
de volver la verdad patas arriba.
Ya estáis pronto a probar con suficiencia
que la razón de ayer, hoy es demencia.
¡No disteis mala vuelta a la sotana!
Quien os oyó en sermón de ayer mañana
por Fernando inflamar el patriotismo,
hoy es por Pepe, y peroráis lo mismo.
Ayer para escribir lo que se piensa
clamó esa voz por libertad de prensa;
y hoy queréis que se quite hasta el tintero
al que no escriba por José primero.

EMISARIO

Y con mucha razón: mudanza es esa
que en mí operó el placer de la sorpresa;
pues cuando yo esperé, por las pinturas
de los que al fin le habrán mirado a oscuras,
ver un rey tuerto, y fiero cual vestiglo,
me hallo un lindo filósofo del siglo,
largo orador, que por su linda traza,
su estampa noble, y su flamante raza,
no puede ser sino que a España cuadre.

PATRIOTA

¡Qué! ¿lo traéis para caballo padre,
según vais enseñando por la calle
a las viejas su estampa y su buen talle?
Si ellas chillan al paso, el pueblo aclama
vosotros le decís; y él se lo mama;
y no es aclamación, sino chacota
de ver un rey, que les parece sota.
Que si dos ojos cuenta ya en la cara,
porque de Francia el otro le llegara,
¿Es su derecho más, por no ser tuerto?
Decís que es gran filósofo: eso es cierto,
que es cosa rara; y puede que deslumbre
aquí en este país, donde es costumbre
ver en cátedras gente de otra estofa,
ver sobre el trono un rey que filosofa.
¡Oh si viviese el sabio que decía
pobre y desnuda vas, filosofía;
y, llegando a pisar la ínfima grada,
a la filosofía coronada
viera del trono ibero allá en la altura,
cual exclamara: «¡oh tiempos de ventura!
¿Con qué nuevo sistema, y desde cuándo
se encarama uno así filosofando?»

EMISARIO

¡Cuenta!... Que ese discurso bien denota
lo insurgente que sois y lo patriota
ya poco el tribunal nos interesa,
pero temed la policía francesa;
que si aquel os quemase hasta los huesos,
ésta os alza la tapa de los sesos.
-Hubo un tiempo en que el sabio, no lo niego,
la virtud estudiaba en el sosiego,
sin deseos, morando en las florestas
como tortuga con la casa a cuestras:
mas ya filosofía anda más lista,
no se oponen filósofo y conquista;
el Macedón y el Cínico severo
se van de brazo por el mundo entero;
y no es contradicción ni desgobierno
para un rey muy filósofo y muy tierno
empuñar un alfanje damasquino,
asolar el país de su vecino,
desalojar del trono al soberano,
romper la nuca al que le jure en vano,

los soldados matar a cuantos puedan,
y el rey filosofar con los que quedan.
-Esta dicha a tu patria está guardada,
aunque después de yerma y arrasada.
Mas ¡qué importa a la real filosofía,
con tal que vuestros nietos algún día
con los franceses vayan a los toros!

PATRIOTA

¡Con los franceses! Como con los moros.
Si fiestas han de hacer los nietezuelos
a los que han degollado a sus abuelos,
serán dos, invocando al gran Pelayo,
víspera Siciliana, y Dos de Mayo.

EMISARIO

Maligna es la alusión, y amargo el tono,
pero por esta vez os lo perdono.

PATRIOTA

Pues filósofo sois, la tolerancia...

EMISARIO

Esa, no es cosa lo que se usa en Francia:
ahora se aplica al ciego patriotismo
otro calmante.

PATRIOTA

¿Cuál?

EMISARIO

El terrorismo.

PATRIOTA

Bien lo sé; y harto vemos sus estragos
a vuelta de promesas y de halagos.
Bin sé cómo reparte su ternura
cualquier tirano que reinar procura.
Así el salteador, que en el sendero
sorprende al descuidado pasajero,
ceba en el hombre firme su cuchillo,
y no hace mal al que le da el bolsillo.
Maneja igual con indistinta mano
el cetro de Nerón y el de Trajano:
de un lado, atiza las ardientes teas
con que incendia las rústicas aldeas,

en donde el triste labrador honrando
su dulce hogar y el nombre de Fernando,
muere infeliz, y con su sangre inunda
tierra que fue con su sudor fecunda;
y por otro, soberbio eleva al viento
el más pomposo y triste monumento,
que la infamia eternice a las edades
de corrompidas, fáciles ciudades,
que incensaron su bárbara fortuna.
-Mas no son ellas, no, la noble cuna
del glorioso tesón, que España ostenta:
por campos y montañas se alimenta,
donde respiran, bajo abiertos cielos,
el aura del honor de sus abuelos.
Allí están de la patria los escudos;
allí los duros brazos, los forzudos
pechos, cubiertos de ásperos vellones,
cuya raíz está en los corazones;
allí no halla pretextos la molicie,
ni seducción con que las almas vicie;
insurrección no llama al patriotismo,
o al tesón de Gerona fanatismo;
y, hacia el usurpador que al orbe aterra,
moviendo el odio eterno eterna guerra,
mil veces que sus huestes insolentes
inunden nuestras chozas inocentes,
tantas las dejarán libres y solas;
al par del loco empeño de las olas
que, si la playa asaltan a millares,
todas recaen de espaldas en los mares.

EMISARIO

Pero hombre, todo no ha de ser Numancia,
la constancia es virtud; pero algo rancia:
yo siempre en este género de esgrima
me voy al lado del que se halla encima.
Cuando vi sublevarse al pueblo insano,
prorrumpí: Viva el pueblo soberano.
Siguióse la central, y yo al encuentro
saliéndola, me hallé como en mi centro;
vino José primero, y sin gran pena
de su orden me colgué la berenjena;
y su después, rodando más la bola,
viene a mandarnos un bozal de Angola,
veréis que con el negro me congracio,
y aún hundiré a estornudos el palacio.

-Así se vive en puestos, y en honores
con sólo en la opinión cambiar colores.
Y a Dios, que el rey me aguarda, y más no puedo.

PATRIOTA

Busca pues ese rey que te dio el miedo,
tuerto o derecho, Salomón o tonto,
ve, y bésale la mano, por el pronto,
mientras piensa su real sabiduría
donde le han de besar al otro día.
Pero dile que en Cádiz, más que el arte,
alzó el honor un noble baluarte,
donde el valor se colmará de gloria...
mas, supuesto que el rey sabe de historia,
dile (y esto terciándote el manteo,
el brazo en jarras, y algo de ceceo)
que si leyó que de Hércules la saña
con su gran maza recorrió la España,
de vestiglos sin fin andando a caza,
¡cuenta!... que en Cádiz se dejó la maza.

LA MORAL DE LOS ESCRITORES

Canto didáctico

Un médico, se cuenta, hubo en Florencia,
grande hablador y célebre asesino,
público azote y peste de su tiempo:
por la calle era el verle, perseguido
ya del hijo pidiendo al muerto padre,
ya del que le echa en cara la ponzoña
con que en sus brazos reventó a su hermano;
aquí el marido, allí la esposa muere,
secos de sangre o llenos de ruibarbo;
la tos se vuelve tisis a su entrada,
y en sus manos delirio la jaqueca.
De horror cubierto al fin deja la villa,
y un solo amigo, que entre tantos muertos
le queda, a su palacio le conduce:
era un abate el tal, rico, y tocado
del furor de arquitecto: al punto el hombre
se maestra cual nacido para el arte:
como un Vitrubio hablaba de edificios;
ya de un salón condena la fachada,

mejor lugar señala a un atrio oscuro,
y la escalera enmienda. Sorprendido
llama el abate a su maestro de obras,
que le oye, admira, aprueba, y se corrige.
En fin, para abreviar su extraña historia,
digo que, abandonando el matasanos
de Galeno la ciencia incierta y vaga,
toma la escuadra y regla, y con asombro
universal formado se le admira,
de médico incapaz, digno arquitecto.
Su ejemplo sirva de lección: prefiere
ser albañil, si tu talento es ese,
mecánico artesano y distinguido,
a mediocre escritor, vulgar poeta.
En cualquier arte hay puestos diferentes,
que siempre pueden con honor llenarse;
mas en el peligroso de hacer versos
de mediano a peor no hay paso alguno.
Frío escritor responde a autor maldito:
un lector no distingue en su desprecio
hondo saber de autor que le fastidia:
un loco mueve a risa, y nos divierte;
y aún vale más que el escritor helado,
que a hacernos bostezar tan sólo acierta:
venga un burlesco Bergerac mil veces
antes que de Mottin leer me manden
un sólo verso alambicado y frío.
Precave el son de elogios lisonjeros,
con que en corrillos varios te celebren
admiradores frívolos o necios;
pues versos hay que recitados placen,
y que a la luz que la impresión les presta
viciosos halla el ojo penetrante.
Gamboldo así, después de tanto aplauso,
descansa intacto en casa del librero.
Asiduo en consultar, escucha a todos;

de un tonto viene acaso un sano aviso.
No es decirte por eso que te vayas
leyendo acá y allá cuanto compongas:
a imitación del rimador furioso
que, armónico lector de ásperos versos
a cuantos le saludan se los canta,
al que va a sus negocios deteniendo;
sin que haya de las presas de su musa
ni santo templo ni ángel que te guarde.

La crítica, ya he dicho, acoge grato:
blando a su voz, sin murmurar, corrige:
mas de necios consejos no hagás caso.
Con más orgullo que saber, algunos
reprenderán injustos en tu obra
del verso más feliz la hermosa audacia;
¿Qué vale responder a sus sofismas?
Si él los reputa honor de su talento,
y, ciego entre tinieblas, se figura
que no se escapa un átomo a su vista?
Sus consejos elude, que el creerlos
fuera anegarse, huyendo del escollo.
Pero escoge un censor de mente sana,
de alta doctrina, y cuya franca pluma
raye sin miedo lo que tú sospeches
flojo, y te disimulas indulgente.
Él sabrá de tu espíritu dudoso
las sombras ahuyentar, sabrá decirte
con cual estro feliz un claro ingenio
los harto estrechos límites del arte
sabe salvar, cuando es el arte mismo
el que le enseña a sacudir el yugo.
¡Mas cuán raro es hallar censor tan digno!
Que juzga mal los versos con frecuencia
quien los hace mejor, y que en su aprecio
a Virgilio confunde con Lucano.
Vates, prestad a mi advertencia oídos
¿Queréis hacer amables vuestros versos?
Sembradlos de lecciones provechosas,
con la dulzura utilidad mezclando;
que no se paga el sabio de guirnaldas,
de flores sí, que le prometan fruto.
Trasluzca en los escritos retratado
vuestro carácter propio en rasgos nobles.
No aprecio yo los licenciosos padres
de tantas obras que el pudor repugna,
donde la virtud gime desdorada,
y alzan los vicios seductora frente.
Pero no me juzguéis tétrico genio,
que hace guerra al amor, y de su adorno
despojando la escena, llamar osa
a Rodrigo y Jimena corruptores.
El amor más impuro en puros versos
cabe expresar, sin que a lo honesto dañe:
por más que Dido seductora lllore,
yo, llorando con ella, la condeno.

Musa inocente, y de asechanzas libre,
conmueve, y nunca el corazón pervierte;
su llama el humo del error no turba.
Adorad la virtud; sin ella en vano
querréis sublimes ser, que la bajeza
del corazón delatarán los versos.
Vayan lejos de ti bajas envidias,
torpe infección de espíritus vulgares,
que jamás halla entrada en los sublimes,
y es de mediocridad signo indeleble.
Negra rival del mérito la envidia,
lazos le tiende en las doradas aulas,
y no pudiendo erguida hasta él alzarse,
por igualarle a sí, le echa por tierra.
Nunca en tan bajas miras te deprimas,
que no lleva al honor tan vil sendero.
Sé consiguiente, y la amistad cultiva:
no hasta ser en los escritos grato,
sitio ameno en el trato y las costumbres.
Muévate amor de gloria, y no vil lucro,
que es de infame escritor indigno objeto.
Bien sé que esperar puede un alma noble
de su fatiga el premio; mas me indigno
de ver que celebrados escritores,
infieles a la gloria, hambrientos de oro,
se vendan del librero a los salarios,
y hagan tráfico vil la arte divina.
Origen de la poesía
Antes que, usando el don de la palabra,
dictara la razón leyes al hombre,
de selva en selva, y de uno en otro prado,
en busca del sustento andaba errante;
y a merced de sus rústicas pasiones,
derecho era la fuerza, con que impune
la robustez airada era asesina.
Mas luego del discurso la armonía
logró templar tan bárbaras costumbres;
pues las dispersas tribus, atraídas
de sus oscuros bosques, en ciudades
pudo asociar, de muros circundadas;
dando la ley, servida de suplicios,
asombro al malo, aliento a la inocencia.
Gloria tan alta a los primeros versos
es fama se debió: de aquí se dijo
que al sonoro cantar del dulce Orfeo,
embelesados los agrestes brutos,

su furor olvidaban; y las piedras,
movidas de Anfión al son suave,
se iban llegando al pie de la alta Tebas,
hasta elevarse en portentosos muros.
Tanto en su oriente alcanza la armonía.
Lengua del cielo fue después el verso:
desde el pecho en furor de un sacerdote,
lanzó versos proféticos Apolo:
Homero y antiguos héroes recordando,
inflama en verso el bélico ardimiento:
muestra Hesíodo en métricas lecciones
al tardo campo a acelerar las mieses:
así, en cadentes páginas escrito,
el verso dio el saber a los mortales;
las saludables máximas llevando
al corazón por el suspenso oído.
Justo incienso a las musas bienhechoras
la Grecia dio por tan feliz portento,
y aras de gratitud alza a su gloria.
Mas ¡ay! Que acude la vileza luego,
tras la indigencia, a degradar el Pindo:
amor del lucro infesta los talentos,
mentiras bajas manchan los escritos,
que, destinadas a comercio infame,
ponen a precio el genio y la armonía.
Jamás vicio tan torpe te ennegrezca:
cuando la sed del oro te devore,
huye las limpias aguas de Aretúsa,
que no en riqueza abundan sus orillas;
y al cantor grande, como al héroe excelso,
sólo fama y laurel ofrece Apolo.
Mas no de humo se vive únicamente
(me oigo decir): mal puede un triste vate,
hambriento y pobre, resistir el grito
de la necesidad en sus entrañas,
ni entre laureles pasearse ayuno.
Nunca viera sus ménades Horacio
sin apurar alegre el buen Falerno:
y si, cual Coletet, solo aguardara
para comer la paga de un soneto.
Es cierto; mas no aflige a nuestro Pindo
tanta escasez: ¿por qué abrigar tal miedo
en un siglo en que el astro más benigno
sus rayos vuelve hacia las artes bellas?
Hoy de indigencia al mérito redime
alto favor de un príncipe ilustrado:

musas, dictad su gloria a vuestros hijos,
y es la mejor lección que podéis darles:
nuevo Corneill conságrese a su nombre,
al par del que pintó Cides u Horacios:
que un Racin, dando a luz Prodigios nuevos,
retratos suyos forme en nuevos héroes:
que al labio de las lindas Banserada
dicte en elogio suyo amables versos:
Segré le lleve al campo en sus idilios,
y en su honor lance el epigrama dardos...
mas ¡qué autor tan feliz en otra Eneida
al Rin medroso llevará este Alcides!
¡Qué docta lira al son de sus hazañas
hará mover los montes y las selvas;
sabrà cantar al Bátavo asombrado,
que, temiéndose náufrago, se inunda;
ni tantos aterrados batallones
en Mastrich, cuyo espanto el sol ilustra!
Canto yo; y en los Alpes nueva gloria
junto al vencedor rápido me llama:
caen Dola y Sanlines, y humeando
la fulminada Besanzón sucumbe.
¿Qué es de los fuertes, que en fatales tramas
ostentábanse dique al gran torrente?
¿Acaso piensan detenerle buyendo?
¿Fundan su gloria solo en evitarle?
¡Qué de arrasados muros! ¡Qué de rotas
falanges! ¡Qué de gloria y de laureles
en su carrera rauda arrebatados!
Redoble el estro en su loor, poetas,
para que el verso alcance a honor tan alto.
Yo, que hasta aquí en la sátira nutrido,
nunca entonar osé trompa ni lira,
sabrè mostrarme en campo tan ilustre,
y acordaros con voces y miradas
estas lecciones que mi musa, aun joven,
del trato recogió del buen Horacio:
vuestro ardor concitando al fin glorioso,
premio y corona os mostraré de lejos:
mas también perdonadme, si celoso
separo el oro a veces de la escoria,
de autores necios los defectos noto:
censor molesto, aunque oportuno a veces,
mas que apto a producir obras perfectas,
a reprobar las malas inclinado.

